

EL HOMBRE-LOBO DE CAPUA (Petronio: *Satyricon*, 61-62)

Así que, después de haberse deseado toda buena salud de cuerpo y alma, Trimalción se dirigió hacia Nicerote diciéndole: “Solías ser más divertido en las reuniones. Me sorprende que hoy estés tan callado y que ni siquiera te inmutas. Si deseas hacerme feliz, te suplico que me cuentes lo que te ha sucedido en esta ocasión”.

Nicerote, halagado por la insistencia de su amigo, le contestó: “Que se escape de mis manos cualquier tipo de riqueza si no es cierto que estoy rebosante de gozo al comprobar tu actitud hacia mí. Así que mi satisfacción es absoluta, aunque me inquieta que estos intelectuales se burlen de mí. Es su problema; de cualquier modo, pienso contarlo; pues no te roba nada quien se burla. Es preferible reír a que se rían de ti”.

En cuanto dijo estas palabras, comenzó a relatar la siguiente historia: “Cuando yo todavía era esclavo, vivíamos en una calle estrecha, en la actual casa de Gavilla, donde por voluntad divina me enamoré de la mujer de un tabernero, llamado Terencio. Habéis tenido el gusto de conocerla. Se trata de Melissa, una auténtica joya. Pero, por Hércules, que no la pretendía por su hermosura ni movido por un deseo carnal, sino más bien por su bondad. Nunca me negó cuanto le pedí. Todo el dinero que ganaba lo compartía conmigo. Yo lo escondía entre sus senos y nunca me engañó.

Cuando a su esposo le sorprendió la muerte en su casa de campo, lo intenté por todos los medios, removí cielo y tierra para estar a su lado, pues ya se sabe que en los momentos difíciles es cuando más se necesita a los amigos.

Casualmente mi amo se había marchado a Capua con el fin de deshacerse de unas cuantas prendas inservibles. Aprovechando su ausencia, convencí a uno de nuestros huéspedes de que recorriera conmigo las cinco millas que nos separaban. Se trataba de un soldado más valiente que el mismo diablo. Partimos aprovechando la luz del amanecer, aunque, debido al intenso resplandor de la luna, parecía que el sol ya brillaba. Cuando llegamos a las puertas de la ciudad, mi acompañante comenzó a abrirse camino entre las tumbas allí situadas, pero yo seguí sin desviarme tarareando y contando las lápidas funerarias hasta que, al volver la vista hacia mi compañero, vi que se había desnudado y que había ido dejando tras de sí toda su vestimenta. Mi sobrada valentía ya sólo persistía en la punta de mi nariz, pues me quedé estupefacto cuando, después de orinar alrededor de su ropa, se transformó en lobo. No penséis que estoy burlándome de vosotros; os digo la pura verdad; yo no vivo, como otros, de la mentira. Así que, como os iba diciendo, después de haberse convertido en lobo, comenzó a aullar y se adentró en el bosque. Primeramente me quedé tan desconcertado que no sabía ni dónde me encontraba, pero, después de reaccionar, me acerqué a recoger sus ropas: se habían petrificado; si en verdad uno pudiera morir de miedo, yo lo estaría. No obstante, me aferré a mi espada y logré escapar de mis alucinaciones hasta que conseguí llegar a casa de mi amiga. Me transformé en un fantasma. Casi desfallecí: el sudor surcaba mi entrecejo, mis ojos estaban muertos, a duras penas conseguí sobreponerme. Mi estimada Melissa no pudo menos que sorprenderme al verme aparecer a una hora tan intempestiva, y exclamó: ‘Si al menos hubieras aparecido antes, nos habrías ayudado, pues un lobo entró en la granja y descuartizó todo nuestro ganado, tal cual lo hubiese hecho un carnicero. Pero, aunque logré escapar, no conseguí completamente su propósito, pues uno de nuestros esclavos le atravesó el cuello con una lanza’. Cuando oí esto me quedé espantado, pero, al despuntar el día, corrí a nuestra casa como un tabernero acechado y, al pasar por el lugar donde la ropa se había quedado petrificada, no encontré otra cosa más que sangre. Cuando llegué a casa, mi compañero el soldado yacía en la cama herido como un animal, mientras un médico curaba las heridas de su cuello. Comprendí que aquel hombre era licántropo y a partir de entonces no me atreví a compartir con él ni un solo alimento; antes la muerte.

Cada cual puede tener su opinión particular sobre este asunto, pero que descarguen nuestros genios su ira sobre mi persona si estoy mintiendo”.

EL CAPADOCIO Y LAS ESTRIGAS (Petronio: *Satyricon*, 63)

Asombrados todos por el increíble relato, habló Trimalción: “Escuchando tu relato, os puedo asegurar que se me han erizado los pelos porque soy consciente de que Nicerote no acostumbra a gastar bromas; todo lo contrario, pues es escueto y nada charlatán. Por lo que a mí respecta, os voy a relatar también un horrible suceso, otra historia de un asno en los tejados.

Cuando todavía mi cabellera era abundante, y llevaba yo, como la mayoría de los muchachos, una vida placentera, se le murió a nuestro amo un esclavo complaciente. Por Hércules, una joya, y además de singular valor. Mientras su desgraciada madre lloraba su pérdida y en su compañía velábamos la mayoría de nosotros, de pronto aparecieron las Estrigas, unas duendes maléficas que se movían tan rápidas que parecía que un perro persiguiera a una liebre.

Nos acompañaba un hombre de Capadocia, corpulento, valeroso y hábil para la lucha: era capaz de enfrentarse a un toro enfurecido. El hombre se lanzó al exterior desafiadamente y, con su espada desenvainada y su brazo izquierdo debidamente protegido, atravesó a una de ellas por el centro de su cuerpo; sólo los dioses saben lo que tocaría, pero escuchamos un profundo gemido aunque a ellas en verdad no las vimos. De regreso, nuestro salvador se abalanzó extenuado sobre el lecho pues todo su cuerpo estaba amoratado, como si se le hubiese mortificado a latigazos; parecía evidente que un maleficio había caído sobre él. Nosotros cerramos la puerta y proseguimos nuestro velatorio; pero al intentar la desconsolada madre abrazar el cuerpo de su hijo, tan sólo encontró un puñado de paja. No tenía nada, ni corazón ni entrañas; no cabía duda de que las Estrigas nos habían arrebatado al niño y habían colocado en su lugar un muñeco de paja.

Os lo aseguro, os conviene creer en la existencia de estas mujeres dotadas de poderes sobrenaturales; son seres nocturnos que lo transforman todo. Por lo que respecta a aquel corpulento mercenario, después de este espeluznante suceso, su cuerpo no sólo ya no recobró su color habitual, sino que pasados pocos días, falleció a causa de un ataque de locura.”

“SOMBRA”. Edgar Allan Poe

*Sí, aunque marchó por el valle de la Sombra.
(Salmo de David, XXIII)*

Vosotros los que leéis aún estáis entre los vivos; pero yo, el que escribe, habré entrado hace mucho en la región de las sombras. Pues en verdad ocurrirán muchas cosas, y se sabrán cosas secretas, y pasarán muchos siglos antes de que los hombres vean este escrito. Y, cuando lo hayan visto, habrá quienes no crean en él, y otros dudarán, mas unos pocos habrá que encuentren razones para meditar frente a los caracteres aquí grabados con un estilo de hierro.

El año había sido un año de terror y de sentimientos más intensos que el terror, para los cuales no hay nombre sobre la tierra. Pues habían ocurrido muchos prodigios y señales, y a lo lejos y en todas partes, sobre el mar y la tierra, se cernían las negras alas de la peste. Para aquellos versados en la ciencia de las estrellas, los cielos revelaban una faz siniestra; y para mí, el griego Oinos, entre otros, era evidente que ya había llegado la alternación de aquel año 794, en el cual, a la entrada de Aries, el planeta Júpiter queda en conjunción con el anillo rojo del terrible Saturno. Si mucho no me equivoco, el especial espíritu del cielo no sólo se manifestaba en el globo físico de la tierra, sino en las almas, en la imaginación y en las meditaciones de la humanidad.

En una sombría ciudad llamada Ptolemáis, en un noble palacio, nos hallábamos una noche siete de nosotros frente a los frascos del rojo vino de Quiós. Y no había otra entrada a nuestra cámara que una alta puerta de bronce; y aquella puerta había sido fundida por el artesano Corinnos, y, por ser de raro mérito, se la aseguraba desde dentro. En el sombrío aposento, negras colgaduras alejaban de nuestra vista la luna, las cárdenas estrellas y las desiertas calles; pero el presagio y el recuerdo del Mal no podían ser excluidos. Estábamos rodeados por cosas que no logro explicar

distintamente; cosas materiales y espirituales, la pesadez de la atmósfera, un sentimiento de sofocación, de ansiedad; y por, sobre todo, ese terrible estado de la existencia que alcanzan los seres nerviosos cuando los sentidos están agudamente vivos y despiertos, mientras las facultades yacen amodorradas. Un peso muerto nos agobiaba. Caía sobre los cuerpos, los muebles, los vasos en que bebíamos; todo lo que nos rodeaba cedía a la depresión y se hundía; todo menos las llamas de las siete lámparas de hierro que iluminaban nuestra orgía. Alzándose en altas y esbeltas líneas de luz, continuaban ardiendo, pálidas e inmóviles; y en el espejo que su brillo engendraba en la redonda mesa de ébano a la cual nos sentábamos, cada uno veía la palidez de su propio rostro y el inquieto resplandor en las abatidas miradas de sus compañeros. Y, sin embargo, reíamos y nos alegrábamos a nuestro modo -lleno de historia-, y cantábamos las canciones de Anacreonte -llenas de locura-, y bebíamos copiosamente, aunque el purpúreo vino nos recordaba la sangre. Porque en aquella cámara había otro de nosotros en la persona del joven Zoilo. Muerto y amortajado yacía tendido cuan largo era, genio y demonio de la escena. ¡Ay, no participaba de nuestro regocijo! Pero su rostro, convulsionado por la plaga, y sus ojos, donde la muerte sólo había apagado a medias el fuego de la pestilencia, parecían interesarse en nuestra alegría, como quizá los muertos se interesan en la alegría de los que van a morir. Mas aunque yo, Oinos, sentía que los ojos del muerto estaban fijos en mí, me obligaba a no percibir la amargura de su expresión, y mientras contemplaba fijamente las profundidades del espejo de ébano, cantaba en voz alta y sonora las canciones del hijo de Teos.

Poco a poco, sin embargo, mis canciones fueron callando y sus ecos, perdiéndose entre las tenebrosas colgaduras de la cámara, se debilitaron hasta volverse inaudibles y se apagaron del todo. Y he aquí que de aquellas tenebrosas colgaduras, donde se perdían los sonidos de la canción, se desprendió una profunda e indefinida sombra, una sombra como la que la luna, cuando está baja, podría extraer del cuerpo de un hombre; pero ésta no era la sombra de un hombre o de un dios, ni de ninguna cosa familiar. Y, después de temblar un instante, entre las colgaduras del aposento, quedó, por fin, a plena vista sobre la superficie de la puerta de bronce. Mas la sombra era vaga e informe, indefinida, y no era la sombra de un hombre o de un dios, ni un dios de Grecia, ni un dios de Caldea, ni un dios egipcio. Y la sombra se detuvo en la entrada de bronce, bajo el arco del entablamento de la puerta, y sin moverse, sin decir una palabra, permaneció inmóvil. Y la puerta donde estaba la sombra, si recuerdo bien, se alzaba frente a los pies del joven Zoilo amortajado. Mas nosotros, los siete allí congregados, al ver cómo la sombra avanzaba desde las colgaduras, no nos atrevimos a contemplarla de lleno, sino que bajamos los ojos y miramos fijamente las profundidades del espejo de ébano. Y al final yo, Oinos, hablando en voz muy baja, pregunté a la sombra cuál era su morada y su nombre. Y la sombra contestó: «Yo soy SOMBRA, y mi morada está al lado de las catacumbas de Ptolemáis, y cerca de las oscuras planicies de Clíseo, que bordean el impuro canal de Caronte.»

Y entonces los siete nos levantamos llenos de horror y permanecimos de pie temblando, estremecidos, pálidos; porque el tono de la voz de la sombra no era el tono de un solo ser, sino el de una multitud de seres, y, variando en sus cadencias de una sílaba a otra, penetraba oscuramente en nuestros oídos con los acentos familiares y harto recordados de mil y mil amigos muertos.

DESCRIPCIÓN DE DRÁCULA Y DE SUS PODERES (Bram Stoker: *Drácula*, Capítulo XVIII)

Los seres que llamamos vampiros existen; alguno de nosotros tiene pruebas de ello. Pero aunque no tuviéramos la evidencia irrefutable de nuestra propia experiencia tan desdichada, las enseñanzas y los testimonios del pasado ofrecen pruebas suficientes para cualquier persona sensata. Admito que al principio yo también era escéptico. El *nosferatu* no es como la abeja, que muere en cuanto clava su aguijón. Al contrario, se hace más fuerte; y al ser más fuerte, tiene todavía más poder para hacer el mal. El vampiro con quien nos enfrentamos posee él solo la fuerza de veinte hombres y es más astuto que cualquier mortal, ya que su astucia ha ido en aumento a través de los siglos. Todavía utiliza la necromancia, que es, como su etimología da a entender, la adivinación mediante la invocación a los muertos, y todos los muertos a los que puede acercarse le obedecen. Es una bestia, o peor aún: un demonio cruel que no tiene corazón. Aunque con ciertas restricciones, puede aparecerse a voluntad, cuando y donde quiera, y en cualquiera de las formas que le son propias. Dentro de su radio de acción, tiene el poder de mandar sobre los elementos: la tempestad, la niebla, el trueno. Puede hacer que le obedezcan las criaturas más despreciables: la rata, el búho, el murciélago... la mariposa nocturna, el zorro, el lobo. Es capaz de aumentar de tamaño o hacerse pequeño, y a veces hasta de desvanecerse y no ser visto. ¿Por dónde empezaremos, pues, nuestra lucha para acabar con él? ¿Cómo descubriremos dónde está? Y una vez descubierto, ¿cómo podremos destruirlo? Pues si fracasamos en esta lucha, sin duda será él quien gane. Y en ese caso, ¿qué final nos aguardaría? La vida es lo de menos: no me importa perderla. El fracasar en esta lucha no es sólo una cuestión de vida o muerte. Implicaría que nos volveríamos como él; que en adelante nos convertiríamos en horribles criaturas de la noche como él, sin corazón ni conciencia, y nos alimentaríamos de los cuerpos y las almas de aquellos a quienes más amamos. Las puertas del cielo se nos cerrarían para siempre, ¿quién nos las abriría de nuevo? Seríamos eternamente aborrecidos por todos; un borrón para el prestigio de Dios; una flecha en el costado de Aquel que murió para salvar a la humanidad.

Porque, permítanme decirles, el vampiro es conocido en todos los lugares donde ha habido hombres. En la antigua Grecia y en la antigua Roma; florece en toda Alemania, en Francia, en la India, incluso en el Quersoneso; y en China, tan lejana a nosotros en tantos aspectos, todavía existe y la gente sigue temiéndolo. Siguió los pasos de los berseker islandeses, de los hunos engendrados por el diablo, de los eslavos, los sajones y los magiares. De modo que ahora ya sabemos contra quién vamos a luchar, y permítanme decirles que muchas de esas creencias están justificadas por lo que hemos podido comprobar a lo largo de nuestra desdichada experiencia. El vampiro sigue viviendo, el mero paso del tiempo no basta para hacerle morir; logra prosperar si puede alimentarse con la sangre de los vivos. Más aún, ya hemos visto que incluso puede rejuvenecer, que sus constantes vitales se vigorizan y parece regenerarse cuando su alimento favorito es abundante. Mas no puede prosperar sin su dieta; no come como los demás hombres. Además, su cuerpo no proyecta sombra, ni su imagen se refleja en un espejo. Tiene la fuerza de muchos hombres y puede transformarse en lobo, como dedujimos cuando, al llegar el barco fantasma a Whitby, despedazó a un perro. También puede convertirse en murciélago, como le vieron la señora Mina y mi amigo Quincey en la ventana de la casa de Lucy en Whitby; o como el amigo John le vio salir volando desde la casa de al lago. Puede llegar envuelto en la niebla que él mismo crea... como comprobó aquel noble capitán de barco. Es capaz de aparecer en los rayos de la luna, en forma de minúsculas motas de polvo... como Jonathan vio a aquellas hermanas en el castillo de Drácula. Puede hacerse tan pequeño como para poder pasar a través de una rendija del espesor de un cabello... como pudimos ver nosotros mismos que hizo Lucy, antes de descansar en paz, para entrar en su tumba. Además puede ver en la oscuridad. Pero aunque puede hacer todas esas cosas, sin embargo no es libre. No puede ir donde quiera; aunque no pertenezca a la naturaleza, tiene que obedecer algunas de sus leyes. No sabemos muy bien por qué. No puede entrar en ningún sitio en principio, a menos que alguien de dentro le invite a pasar; aunque después puede volver cuando quiera. Su poder cesa, como el de todas las fuerzas malignas, con la llegada del día. Sólo en determinadas ocasiones goza de una cierta libertad. Si no se encuentra en el lugar al que está vinculado, únicamente puede hacer el cambio al mediodía o en el mismo momento en que amanece o se pone el sol. Se dice también, que sólo puede cruzar aguas vivas si están quietas o crecida. Además, hay cosas que le afectan tanto ciertos objetos sagrados, como este símbolo, mi crucifijo, que siempre nos acompaña incluso ahora mientras tomamos esta decisión. Frente a estas cosas nada puede hacer, su sola presencia le hace alejarse en silencio y respetuosamente. Existen también otras de las que voy a hablarles, por si las necesitamos durante nuestras pesquisas. Una rama de rosal silvestre puesta sobre su ataúd le impide abandonarlo; una bala consagrada disparada contra el ataúd le mata, dejándolo realmente muerto; y en cuanto a atravesarlo con una estaca, ya sabemos que le devuelve la paz, lo mismo que cortarle la cabeza le proporciona el descanso eterno.

Debe tratarse, sin duda, del aquel vaivoda Drácula que se hizo famoso luchando contra los turcos, al otro lado del gran río en la misma frontera con Turquía. Si es así, entonces no se trataba de un hombre corriente, pues en aquella época, y en los siglos venideros, estuvo considerado el más listo y más astuto, así como el más valiente de todos los hijos del "país al otro lado del bosque".